



Seix Barral

Sasha Marianna Salzmann

Fuera de sí





Seix Barral Biblioteca Formentor

Sasha Marianna Salzmänn

Fuera de sí

Traducción del alemán por
Maria Bosom

Título original: *Ausser Sich*

© Suhrkamp Verlag Berlin, 2017. Todos los derechos reservados y gestionados por Suhrkamp Verlag Berlin
© por la traducción, María Bosom, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

La traducción de esta obra ha recibido una subvención del Goethe-Institut



Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-322-3611-2
Depósito legal: B. 26.414-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

«A CASA»

No sé adónde nos dirigimos. Todos lo saben menos yo. Agarro con fuerza el tarro de mermelada que me han puesto entre los brazos, como si fuera mi última muñeca, y observo cómo se persiguen los unos a los otros por el piso. Las manos de papá brillan debido al sudor, parecen platos sucios, son grandes cuando las veo pasar balanceándose por delante de mi cabeza. Creo que si mi cabeza fuera a parar entre sus manos, ¡plaf!, quedaría aplastada.

Mi hermano crece como una espiga en su bolsa de viaje, está de pie con ambas piernas dentro y va sacando cosas sin parar, hasta que mamá le riñe y él las vuelve a meter en la bolsa. Aprovechando que mamá está en la cocina, saca la gran caja con el barco pirata y la esconde debajo de su cama. Mamá sale al pasillo donde estoy yo y se inclina sobre mí. Veo su frente encima de mí como una campana, como un cielo entero. Quito una mano de la muñeca-tarro de mermelada y paso los dedos por la cara de mamá. El cielo está grasiento. Mamá me aparta la mano de un golpe y me pone en los brazos latas y más tarros de mermelada. Lo sujeto todo con fuerza y ya no

puedo ver nada más. Entonces mamá deja una bolsa a mis pies y dice:

—Tenéis que comer algo decente por el camino. Tú llevarás la bolsa de las provisiones.

No tengo ni idea de lo que quiere decir eso, pero me alegro de que sea algo dulce en vez de pollo envuelto en papel de plata.

Tardamos en bajar las escaleras. Vivimos en el último piso, que tiene muchas vigas y techos inclinados en las habitaciones. En la planta baja hay una funeraria y siempre apesta, no a cadáveres, sino a algo que no sé qué es y a lo que soy incapaz de acostumbrarme. Los tarros tintinean en la bolsa que arrastro por las escaleras. Papá se dispone a cogérmela, cuando el vecino de abajo abre la puerta.

—¿Vais a casa?

—A visitar a mi madre y a mi padre. Hace tiempo que no los veo.

—¿Es la primera vez que volvéis?

Papá asiente con la cabeza.

—La primera vez no la olvidas nunca.

Papá responde al vecino como si le contara un cuento de buenas noches, subrayando las palabras, alzando ligeramente la voz al final. Mi hermano ya se ha adelantado, así que paso junto a papá arrastrando la bolsa con cuidado e intento alcanzarlo. Huele mal y hace frío. En la planta baja, detrás del escaparate de la funeraria, hay gente. Me dan miedo las caras de las personas que están sentadas en la oficina tras el cristal, me da miedo que sean verdes y estén muertas. Por eso nunca miro hacia dentro hasta que he podido salir a la calle. Miro al suelo buscando los pies de mi hermano. Papá sale del edificio y tira de mí. Levanto la vista para ver si mamá nos dice adiós con

la mano y así es: saca la mano un instante por la ventana y luego la ventana se cierra de golpe y papá se pone a cantar.

«Пора, пора порадуемся на своём веку.» Llegó el momento, llegó el momento de disfrutar del momento.

SIN TIEMPO

Las baldosas del lavabo de mujeres del aeropuerto Atatürk enfriaban la sien izquierda de Ali. No conseguía enfocar la imagen que tenía ante sus ojos. En el espacio que había entre la puerta y el suelo, los tacones se difuminaban hasta convertirse en trozos de carbón y dibujaban garabatos de color negro en el aire antes de esfumarse. Oía voces, pero sin idioma, todas mezcladas, avisos por megafonía como un eco. Ali notó sabor a pollo. A pesar de que no lo había comido en el avión ni lo había probado en años, tenía pollo en mal estado pegado a la garganta. Ya había estado allí antes. Exactamente igual. Exactamente igual había estado en otra ocasión, tumbada en el suelo, con un ave muerta en la garganta, mientras los cordones de los zapatos se arrastraban hacia ella como insectos. Pero ¿cuándo? ¿Cuándo había sido eso?

Tenía los ojos secos a causa del vuelo, los párpados le arañaban los globos oculares; insuficiencia lagrimal crónica, le habían diagnosticado los médicos hacía tiempo. «¿Y qué debo hacer? ¿Ponerme gotas?» «Simplemente parpadee cuando le duela o cuando le pique. Parpadee a menudo y los ojos se le humedecerán por sí solos.» Pero

no servía de nada. Respiró lentamente y escuchó. Fuera, el compás de los tacones de aguja y de las suelas de goma indicaba que todo el mundo tenía prisa, prisa por salir de la terminal, de la falta de aire, para llegar hasta las personas que los esperaban después del largo vuelo, no sin antes pasar un momento por el lavabo para empolvase las ojeras, hidratarse los labios, arreglarse el pelo y, entonces sí, lanzarse a los brazos de quienes los esperaban como al agua cálida.

Ali no tenía ni idea de si alguien la esperaría. Deseaba que sí, pero no lo sabía. Se quedó tumbada en el suelo y batió las pestañas igual que una mosca las alas. Tenía la necesidad imperiosa de fumar para quitarse del paladar el sabor de la grasa asada y blanda y aquel deseo la levantó por el cuello y la sacó del retrete. Se apoyó en el lavamanos, evitando mirarse al espejo, y puso los labios bajo el chorro de agua. Una mujer le dio unos golpecitos en el hombro, le indicó que no debería beber de aquella agua y le ofreció una botella de plástico. Ali se llevó a los labios la estrecha boca de la botella y bebió sin hacer ruido. La mujer cogió de nuevo la botella vacía, luego le pasó a Ali la mano por los rizos, como si quisiera ordenárselos, recorrió con el pulgar su fina piel bajo los ojos y le sostuvo un momento la afilada barbilla. Ali sonrió y la mujer también. Después ambas salieron a la terminal con paso lento; Ali siguió a la mujer, siguió a los demás, que sabían adónde iban, pasó junto a la cinta de equipaje, alrededor de la cual la gente se empujaba, recorrió el suelo de mármol de la terminal, se puso en la cola del control de pasaportes, se impacientó, quiso empujar para que la cola avanzara, pero se quedó atascada y lo único que pudo hacer fue mirar a derecha e izquierda. La cabeza le daba vueltas. El mundo entero estaba allí haciendo cola. Mini-

faldas, burkas, bigotes de todos los estilos y colores, gafas de sol de todos los tamaños, labios con relleno de todas las formas, niños en cochecitos, niños a la espalda, sobre los hombros, entre los pies. La multitud sujetaba a Ali por ambos lados, de modo que no podía caerse. Una niña pequeña empujó la separación de plexiglás, una de las placas se desprendió de golpe y la niña gritó. La madre se abrió paso entre la multitud para llegar hasta ella y la zarandeó con fuerza.

Ali volvió a notar claramente el sabor a pollo en la garganta y revolvió sus cosas en busca del pasaporte.

El funcionario miró largo rato el lugar donde Ali suponía que debía de estar su foto y luego alzó la vista hacia ella, volvió a mirar el pasaporte y así repetidamente, como si cada vez pudiera mirar más adentro. Era un hombre joven, aún más joven que Ali, pero con los hombros como los de un anciano, caídos y rígidos. Con su camisa azul celeste, que su enjuto pecho no alcanzaba a llenar, parecía mirar lejos de su cabina de control, lejos del aeropuerto, lejos de su país, a través del manto terrestre y, desde allí, otra vez hacia el rostro de Ali. Ella se pasó la mano por la barbilla de forma instintiva; no había vomitado; o sí, ya no estaba segura; tenía algo en la barbilla, le daba la sensación de que los restos del pollo que había vomitado le subían por la garganta. Estiró las comisuras de los labios hacia arriba con todas sus fuerzas, y al hacerlo enarcó sin querer la ceja izquierda.

El joven que había al otro lado del cristal la miró, se levantó con dificultad de la silla, salió de la cabina y se dirigió a la parte trasera. Ali se apoyó en la estrecha repisa que había frente al cristal y lo siguió con los ojos arañados

mientras él le mostraba su pasaporte a un compañero, le señalaba el interior con el dedo, sacudía la cabeza, volvía a su sitio y le decía algo que ella no entendió. Pero sabía de qué dudaba. De si ella era ella. Ya no tenía el mismo aspecto que en la foto del pasaporte: se había cortado el pelo y había algo distinto en su cara. Lo decía todo el mundo, incluso su madre admitía que ya no la reconocía en las fotos, pero ¿qué se suponía que quería decir eso? El otro funcionario entró en la cabina y le hizo a Ali las típicas preguntas. Ali mintió para no confundir todavía más a los dos hombres: venía a visitar a un buen amigo, lo típico.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé.

—No puedes quedarte más de tres meses.

—Lo sé.

—¿Es la primera vez?

—¿Hay algún problema con mi pasaporte?

—La mujer de la foto se parece a ti.

—Será porque la mujer soy yo.

—Sí, pero también podría tratarse de otra cosa.

—¿De qué otra cosa?

—De que sea un pasaporte comprado y tú...

—¿Y yo, qué?

—En este país tenemos un problema con las importaciones de Rusia. Con las mujeres, quiero decir. Las mujeres importadas de Rusia.

Ali abrió la boca para decir algo como «¡Pero resulta que yo soy de Berlín!» o «¿Es ésa la impresión que doy?», pero en lugar de eso le dio un ataque de risa, y por más que intentó contenerla, la risa salió disparada de su interior y estalló contra el cristal, detrás del cual los dos funcionarios la miraban asqueados. Ali se tapó la boca con la

mano, se le cayó el bolso al suelo, miró hacia abajo, alzó la vista de nuevo y miró hacia atrás: toda la cola, las minifaldas, las gafas y los bigotes se habían vuelto hacia ella y cuchicheaban. Los funcionarios esperaron hasta que Ali dirigió otra vez su rostro enrojecido hacia ellos. Con los ojos húmedos de tanto reír, miró las caras de desconcierto de los dos hombres e intentó borrar la sonrisa de su rostro.

—¿Hay alguna manera de que pueda demostrar que no soy una puta rusa? —preguntó.

Los dos funcionarios la miraron como si fueran uno solo, la miraron sin verla; después uno de ellos alzó la mano, golpeó tres veces la mesa con un sello, sin perder a Ali de vista ni un segundo, se oyó una especie de gruñido, ella recogió el bolso y abrió la puerta de un empujón.

El tío Cemal estaba en primera fila de la multitud que esperaba inclinada sobre la valla como una palmera. Parecía que había conseguido abrirse paso dando codazos en las costillas a los hombres que había a su alrededor, como se podía leer en sus caras. Al ver a Ali salir por la puerta de la terminal, alzó los brazos y, sin querer, le propinó un puñetazo en la mandíbula a un hombrecillo cuyo bigote le ocupaba media cara. El hombre se tambaleó, pero la densa muchedumbre impidió que se cayera. Cemal dirigió una breve mirada de irritación al bigote que chillaba, volvió a mirar enseguida a Ali, se le iluminó la cara y señaló con el dedo índice hacia la izquierda para indicarle que debía salir de la terminal por aquel lado y que allí la esperaba él.

Cemal, Cemo, Cemal Bey era el tío de Elías, con quien ella prácticamente se había criado o, mejor dicho, habían crecido juntos, con lo cual Cemal también era su tío, a pesar de que ahora lo veía por primera vez. Elías nunca le había hablado de su tío, pero cuando Ali dijo que se iba a Estambul, le puso su número de teléfono en la mano y le dijo que Cemal la iría a buscar al aeropuerto. Y así había sido. La abrazó como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida, le cogió la maleta, salieron de la terminal y se pusieron a liar cigarrillos delante de la puerta. Ali no le dijo a Cemal por qué había tardado tanto en salir de la terminal de llegadas, no le dijo que se había encerrado en el lavabo, que había estado tumbada con la cabeza sobre las baldosas, ni que su circulación no podía seguir el ritmo de lo que sucedía fuera de su pecho, porque eso no es lo que uno cuenta a modo de saludo, sino que se comparten cigarrillos como hacen los viejos amigos y, a partir de ese momento, ya se ha trabado una amistad.

Cuando le dio la primera calada al cigarrillo que se había liado, Ali volvió a desmayarse. Cemal la llevó en brazos hasta el taxi y después la subió a su piso. Se despertó en el sofá de Cemal, en una habitación revestida de azulejos en la que no había más que un televisor parpadeante y mudo en la pared y un pesado escritorio frente a la ventana, por donde la hiedra parecía asomarse a la habitación. Tenía la sensación de haber dormido años. Cemal estaba sentado frente al televisor, fumando, con las manos apoyadas en los muslos. Su silueta dibujaba muchas curvas y su barbilla se movía levemente, como si estuviera hablando con la boca cerrada. La ceniza del cigarrillo caía al suelo, junto a su zapato. Tenía la cara grande, más grande que la cabeza, y se expandía en todas direcciones: la nariz se prolongaba hacia delante, los ojos

también, las pestañas largas y espesas se curvaban hacia la frente. Ali lo miró y pensó que nunca más se marcharía de allí.

Cemal se levantó, fue a la cocina a buscar una tetera de *chai* humeante, le sirvió el té en un vaso abombado y señaló la mesa junto a la ventana.

—Ahí tienes las llaves de tu piso. Pero no tienes por qué ir. Puedes quedarte aquí.

Al día siguiente, Cemal le enseñó el piso y ella se enamoró. En especial del pequeño tejado, al que podía saltar desde la terraza y que ofrecía vistas sobre el Cuerno de Oro y hasta Kasimpaşa. Se enamoró de las habitaciones estrechas y tortuosas y de la calle empinada frente a la casa, por donde uno podía caer rodando.

Sin embargo, de lo que más se enamoró Ali fue de las noches vacías en que se sentaba junto al tío Cemal en su despacho y competían para ver quién fumaba más, hasta que se podía oír el raspar de sus gargantas, hasta que se les cerraban los ojos, hasta que se caían de las sillas y, aun así, seguían hablando. Ali salía a pasear en dirección a esas noches, deambulaba alrededor de la casa de Cemal hasta que se cansaba, llamaba discretamente a la puerta, se tumbaba en el sofá y solía dormirse con los álbumes de fotos y las historias interminables del hombre. Luego se despertaba en mitad de la noche, buscaba con los ojos enrojecidos sus zapatos en el pasillo y esperaba a que Cemal se los volviera a quitar de la mano.

—¿Adónde se supone que vas? Ahora no puedes volver a casa, es demasiado tarde.

—Sí, me voy. Todavía puedo irme.

—Sí, todavía puedes irte, pero los otros son más rápidos que tú. No querrás ir andando ahora hasta Tarlabası.

Entonces volvían a sentarse, fumaban y hablaban sin hablar de nada, sólo para oírse la voz el uno al otro.

Desde que había llegado a Estambul, no hacía más que oír lo peligroso que era Tarlabası para una mujer joven y, de hecho, para cualquiera:

—Los gitanos, los kurdos, los travestis, todo el mundo es malo, ya lo sabes.

—Sí, lo sé, todo el mundo es malo, pero no en Tarlabası.

—Quédate a dormir aquí, *kuşum*. Te traeré un edredón.

Y la mayoría de las veces, Ali se quedaba. Ni siquiera se lo impedían los puntos rojos que le salían en las muñecas y bajo la barbilla.

Algunos buscaban el viejo Estambul en las mezquitas y en los barcos de vapor que unían Europa y Asia, compraban nostalgia envuelta en plástico en el Gran Bazar y la colocaban junto a los trozos del Muro de Berlín en sus vitrinas de San Francisco, Moscú o Riad. Ali encontró su Estambul en el sofá de color marrón rojizo del tío Cemal, plagado de chinches que empezaban a chuparle la sangre hacia las cuatro de la madrugada y terminaban alrededor de las cinco. Se despertaba sobre las ocho con los antebrazos y la cara llenos de puntos rojos que cada vez eran más grandes y le escocían. Cuando se lo preguntaba a Cemal, él le decía que se trataba del agua. «Tengo que hacer algo con estas viejas tuberías. El agua sale marrón, lo sé.» En su casa no había chinches, era imposible.

Ali fumigó su piso de Aynalı Çeşme con un veneno que había comprado en la farmacia, se sentó en el balcón y fumó, con la esperanza de no terminar el libro de Vete-

ranyi que estaba leyendo hasta que todos los chinches hubieran muerto. Cuando estuvo segura de que ningún bicho había sobrevivido al ataque y de que no volverían a salirle puntos rojos, visitó de nuevo al tío Cemal, se quedó a dormir en su sofá y transportó de nuevo a los pequeños insectos en el pelo y en la ropa al piso de Aynalı Çeşme.

Aquel día a Ali le daba todo igual. Se apretó contra el sofá, intentó hundirse en él tanto como pudo y se puso a hablar con los chinches, a pedirles que le chuparan la sangre hasta que no quedara ni rastro de ella. Que la devoraran y trajinaran sus pedacitos por toda la ciudad. Entonces podría quedarse allí tumbada y no tendría que hacer nada más que permanecer quieta hasta desaparecer entre los cojines del sofá como una galleta desmenuzada. Tenía los ojos muy abiertos y le dolían por la sequedad. De vez en cuando parpadeaba para quitarse la fina capa de polvo que los cubría. Pero no servía de nada, ya que el polvo venía de todas partes, caía del edredón, del aire acondicionado que tenía encima, y se arremolinaba en su boca formando pequeñas nubes.

Antón no daría señales de vida. Antón probablemente ni siquiera estaba en la ciudad. Los pronósticos decían que muy pronto ocurriría una desgracia en Turquía. Yılmaz Güney había muerto hacía tiempo y el tío Cemal brincaba alrededor del escritorio mientras le contaba la misma historia de siempre. La de la mujer de Yılmaz Güney y el fiscal que la había ofendido y al que Yılmaz Güney había disparado en el ojo derecho. Y él, Cemal, lo había presenciado. No, no lo había presenciado, pero se había encargado de defender al agresor ante los tribunales cuando

todavía era un prestigioso abogado. También había defendido a Öcalan. No, quería defenderlo pero no llegó a hacerlo. Hacía medio año que no se sabía nada de él, que había dejado de mandar mensajes a los suyos como profeta de la resistencia, lo cual podía significar que había muerto en prisión, y, de ser así, seguro que muy pronto estallaría una guerra civil en el país; o en realidad ya había estallado y no tardaría en llegar a las ciudades, a las grandes ciudades y, finalmente, al mundo entero; pero entonces, incluso entonces, él, Cemal, no se rendiría. Todo eso se lo explicaba a Ali, o más bien a sí mismo, mientras limpiaba el polvo como si estuviera quitando algo más que simples pelusas. Ella apenas le escuchaba; simplemente observaba cómo se movía veloz por el piso, y le parecía una peonza que giraba sobre las baldosas y chocaba contra las patas de las mesas. Sus giros la hacían reír y, si no se hubiera movido tan rápido, lo habría abrazado, pero no podía, así que lo dejaba hablar. Y él hablaba sin cesar sobre sí mismo y le contaba distintas versiones de la historia de su vida.

Había venido al mundo hacía setenta o setenta y dos años en Estambul, en Zeytinburnu, un distrito construido sobre la arena, que con el siguiente terremoto se hundiría entre las placas tectónicas y donde aún vivía su madre nonagenaria. Cemal era el segundo más joven de ocho hermanos. Vivían en una casa de una sola habitación con tejado de chapas de metal onduladas, dormían juntos en el suelo y se bañaban todos en la misma agua. A él le tocaba bañarse el segundo, después era el turno del hermano mayor que él y así sucesivamente, hasta que al final el padre se bañaba en una sopa de color gris marrón. Dónde se bañaba la madre era algo que Cemal nunca había visto.